Cuando volvió en sí, hallóse rodeada de soldados, y vió que se llevaban al capitán que yacía bañado en su sangre: el sacerdote había desaparecido. La ventana del fondo de la estancia que daba sobre el río, estaba abierta de par en par; vió que recogían los soldados una capa que se suponía debía pertenecer al oficial; y oyó decir en derredor:—Es una gitana que ha asesinado á un capitán.

LIBRO OCTAVO

I

El escudo convertido en hoja seca.

Gringoire y toda la corte de los Milagros estaban en una inquietud mortal. Un mes hacía ya que no recibían noticia alguna de la Esmeralda, lo que tenía en notable aflicción al duque de Egipto y á los hampones, ni tampoco de la cabrita, lo que tenía no menos afligido al digno Gringoire. Desapareció una tarde la gitana, y no había vuelto desde entonces á dar señal de vida; todas las pesquisas habían sido inútiles. Algunos bromistas hampones decían á Gringoire que la habían visto aquella misma noche en que desapareció hacia los alrededores del puente de San Miguel con un capitán; pero aquel marido al uso de Bohemia era un filósofo incrédulo, y sabía además mejor que nadie cuanto era virgen su mujer; había podido juzgar del inexpugnable pudor que resultaba de las dos virtudes combinadas del amuleto y de la gitana, y había calculado matemáticamente la resistencia de aquella castidad elevada á la segunda potencia. Estaba pues, tranquilo por esta parte.

Pero tampoco podía explicarse aquella desapari-

ción, por lo que, su dolor era tan profundo que le hubiera hecho enflaquecer, á no haber sido aquello cosa materialmente imposible. La aflicción le había hecho olvidarlo todo, hasta sus recreos literarios, hasta su grande obra de *Figuris regularibus et irregularibus*, que se proponía hacer imprimir con el primer dinero que hubiese á la mano. (Porque no soñaba más que con la imprenta desde que había visto el Didascalón de Hugo de Saint Victor, impreso con los célebres caracteres de Vindelin de Spira).

Un día en que pasaba tristemente por delante de la Tournelle criminal, vió un gran gentío en una de las puertas del Palacio de justicia.—Qué es eso?—preguntó á un joven que salía del Palacio.

—No lo sé, caballero,—respondió el joven;—dicen que están juzgando á una mujer que ha asesinado á un capitán. Como parece que hay algo de hechicería en todo eso, el obispo y el provisor han intervenido en la causa, y mi hermano, que es el arcediano de Josas, no se separa del tribunal. Y es el caso que tenía que hablarle, pero no he podido llegar hasta él á causa del gentío, lo que me fastidia muy de veras, porque necesito dinero.

—De buena gana os lo prestaría,—caballero, respondió Gringoire;—pero os aseguro que si mis calzas están agujereadas, no es por los escudos.

No se atrevió á decir al joven que conocía á su hermano el arcediano, á quien no había vuelto á visitar desde la escena de la iglesia; negligencia que le tenía confuso.

Prosiguió su camino el estudiante, y Gringoire empezó á seguir á la muchedumbre que subía la escalera mayor del tribunal: iba él calculando en sus adentros que no hay espectáculo más propio para disipar la melancolía que un proceso criminal, tanto se presta á la risa la habitual estupidez de los jueces. La gente á que

se había mezclado andaba y se codeaba en silencio; después de un largo é insípido pisoteo por un largo corredor sombrío, que serpeaba por el palacio como el canal intestinal del viejo edificio, llegó á una puertecilla baja que desembocaba en una sala, que su alta estatura le permitió explorar de una ojeada por cima de las ondeantes cabezas de la multitud.

Era la sala grande y sombría, lo que la hacía parecer mayor todavía. Acercábase la noche; no dejaban ya penetrar las largas ventanas ojivas más que un pálido crepúsculo que se apagaba antes de llegar á la bóveda, enorme enrejado de vigas esculpidas, cuyas mil figuras parecían moverse confusamente en la sombra. Había muchas velas encendidas por una parte y por otra sobre las mesas, que derramaban su luz sobre las cabezas de los escribanos inclinadas sobre inmensos mamotretos. La parte delantera de la sala estaba ocupada por el gentío; á derecha y á izquierda había hombres con togas y mesas; en el fondo, sobre un tablado, numerosos jueces cuyas últimas filas se perdían en las tinieblas; caras inmóviles y siniestras. Cubiertas estaban las paredes de infinitas flores de lis; distinguíanse confusamente una imágen de Cristo crucificado encima de los jueces, y por do quiera picas y alabardas á cuyas puntas daba la luz de las velas remates de fuego.

—Caballero,—preguntó Gringoire á uno de sus vecinos,—quiénes son todos esos personajes formados allá abajo como prelados en concilio?

—Caballero,—dijo el vecino,—los que están á la derecha son los consejeros de la sala del crimen, y los que están á la izquierda son los consejeros de la sala de información; los magistrados de ropaje negro y de ropaje encarnado.

—Y aquel que está encima de todos,—repuso Gringoire,—aquel tomate que suda, quién es?

—Es el señor presidente.

—Y aquellos borregos que están detrás?—prosiguió Gringoire, el cual como ya hemos dicho, era poco amigo de la magistratura, lo que provenía acaso del rencor que guardaba al palacio de justicia desde su fracaso dramático.

—Son los señores procuradores del palacio del Rey.

—Y aquel jabalí que está delante?

—Es el señor escribano de la sala del parlamento.

—Y á la derecha aquel cocodrilo?

—Maese Felipe Lheulier, abogado extraordinario del rey.

—Y á la izquierda, aquel gatazo negro?

—Maese Jaime Charmolue, procurador del rey en el tribunal eclesiástico, con los señores de la curia eclesiástica.

—Y podéis decirme, caballero,—añadió Gringoire, —qué hace ahí toda esa buena gente.

—Están juzgando.

—Y á quién juzgan? no veo ningún acusado.

—Juzgan á una mujer; pero no podéis verla, porque nos vuelve la espalda y nos la oculta el gentío.

—Allí está, mirad, entre aquel grupo de partesanos.

—Quien es aquella mujer!—preguntó Gringoire.—Sabéis como se llama?

—No señor; en este instante acabo de llegar; pero presumo que ha de haber algo de brujería en todo esto, pues asiste al proceso el provisor.

—Adelante!—dijo nuestro filósofo,—vamos á ver á esos togados comer un poco de carne humana. Es un espectáculo como cualquier otro.

—Caballero,—observó el vecino,—no os parece que Maese Jaime Charmolue tiene traza de hombre compasivo?

—Hum!—respondió Gringoire;—no me fío de una

compasión que tiene las narices remangadas y los labios sútiles.

Impuso entonces silencio el auditorio á los interlocutores, porque iba en aquel momento á oirse una importante atestiguación.

—Señores,—decía en mitad de la sala una vieja cuyo rostro tanto desaparecía bajo sus vestidos, que cualquiera la hubiera tomado por un montón de guiñapos andando;—señores, tan cierto es ello como es cierto que yo soy la Falourdel, establecida hace cuarenta años en el Puente de San Miguel, sin dejar nunca de pagar exactamente rentas, laudemios y censuales, frente por frente á la casa de Tassin-Caillart, el tintorero, que vive junto al río, contra la corriente. Una pobre vieja en el día, una buena moza en otros tiempos, señores jueces! De algunos días á este parte, me decían; la Falourdel, no hay que hilar mucho de noche; el diablo peina con sus cuernos la rueca de las viejas. Es seguro que el monje en pena que andaba el año pasado por el lado del *Temple*, ronda ahora por la ciudad. La Falourdel, cuidado no llame á vuestra puerta! Una noche estaba hilando; llaman á mi puerta; pregunto, quién? Oigo unos juramentos; abro, entran dos hombres, uno muy negro con un capitán buen mozo: al primero no se le veían más que dos ojos negros dos brasas; todo lo demás era capa y sombrero. Luego me dicen:—El cuarto de Santa Marta, que es mi cuarto de arriba, señores, el más decente.—Me dan un escudo, le meto en un cajón, y digo: para comprar tripas mañana en la carnicería de la Glorieta. Subimos. Cuando llegamos al cuarto de arriba, mientras estaba yo vuelta de espaldas, zas, desaparece el hombre negro, lo que me sorprendió un poco. El capitán, que era hermoso como un gran señor, baja conmigo; se va y tarda.... así... en cuanto se hila un copo.... y vuelve con una chica preciosa, una muñeca que hu-

biera brillado como un sol si hubiera llevado algo en la cabeza; con ella venía un macho cabrío, un gran macho cabrío, blanco ó negro, ya no me acuerdo. Esto me dió mucho en que pensar; la muchacha, santo y bueno; pero el macho cabrio!! no me gustan esos bichos porque tienen barbas y cuernos, y luego se parecen á los hombres: además huelen á *sábado*. Sin embargo, callé, ya tenía yo mi escudo; hice bien, no es verdad, señor juez? Acompaño pues arriba á la chica y al capitán y los dejo solos, es decir, con el macho cabrío; bajo y me pongo á hilar.—Es de advertir que mi casa tiene el piso bajo y un piso principal que da por detrás sobre el río como las otras casas del puente y que las ventanas de ambos pisos se abren sobre el río.—Estaba yo, pues, como iba diciendo, hilando mi lino; no sé por qué pensaba entonces en el monje en pena que me trajeron á la memoria el macho cabrío, y la muchacha que estaba por cierto ataviada de un modo algo particular. A lo mejor oigo un grito arriba, siento que cae algo de peso al suelo, y que se abre la ventana; voy corriendo á la mía que está debajo, y veo pasar delante de mis ojos una cosa negra que cae en el agua; era un fantasma vestido de sacerdote. La luna estaba muy clara, y repito que lo ví como si fuera de día; iba nadando hacia la ciudad. Entonces toda temblando, llamo á la ronda; entran los señores de la docena, y por más señas que en el primer momento, no sabiendo de qué se trataba, como estaban algo achispados, me pegaron una soba. Expliquéles todo; subimos, y que es lo qué hallamos? Mi pobre cuarto todo lleno de sangre; el capitán tendido en el suelo cuan largo era, con un puñal en el cogote; la muchacha haciendo la mortecina, y el macho cabrío todo atolondrado. Bueno, dije, ya tengo para quince días de faena con lavar el suelo: habrá que raspar, y eso es terrible. Se llevan al capitán! pobre mancebo! y á la muchacha

toda despechugada. Pero no es eso todo; lo peor fué que al día siguiente, cuando fuí á buscar el escudo para comprar las tripas, hallé en su lugar una hoja seca!

Calló la vieja: un murmullo de horror circuló por el auditorio.—Ese fantasma, ese macho cabrío, todo eso me huele á magia, dijo uno junto á Gringoire.—Pues y la hoja seca! añadió otro.—Es evidente, repuso un tercero, que es una bruja que tiene pacto con el monje en pena para desbalijar á los oficiales.—El mismo Gringoire estaba á punto de hallar espantosa y verosimil aquella aventura.

—Mujer Falourdel,—dijo el señor presidente con majestad,—nada más tenéis que decir á la justicia?

—No señor,—respondió la vieja,—sino que en el informe se trata á mi casa de tugurio asqueroso y hedihondo, lo que es hablar ignominiosamente. Las casas del puente no tienen grande apariencia, porque hay muchísimos inquilinos en ellas; pero no por eso dejan de habitarlas los carniceros, que son personas ricas y casados con mujeres muy limpias.

El magistrado, que le pareció á Gringoire un cocodrilo, se puso en pie:—Silencio! dijo. Pido á estos señores que no pierdan de vista que se ha hallado un puñal sobre el acusado. Mujer Falourdel, habéis traído la hoja en que se transformó el escudo que os dió el demonio?

—Sí señor,—respondió,—aquí la tenéis.

Entregó un ujier la hoja seca al cocodrilo, que hizo un lúgubre movimiento de cabeza, y la pasó al presidente, quien se la dió al procurador del rey, de modo que dió vuelta á toda la sala.—Es una hoja de abedul, dijo maese Jaime Charmolue; nueva prueba de magia.

Un consejero tomó la palabra:—Testigo, dos hombres entraron al mismo tiempo en vuestra casa; el hombre negro, á quien primero visteis desaparecer, y

luego nadar por el Sena vestido de sacerdote, y el capitán. Cuál de los dos os entregó el escudo?

Reflexionó un momento la vieja, y dijo:—El capitán.

Un vago rumor circuló por el auditorio.

—Ah!—dijo para sí Gringoire,—esto me pone en duda.

De nuevo intervino maese Felipe Lheuloir, el abogado extraordinario del rey.—Hago presente á estos señores que en su declaración escrita junto á la cabecera de su lecho de muerte, el oficial asesinado, confesando que se le había venido á las mientes cuando se le acercó el hombre negro, que aquel día podía ser muy bien el monje en pena, añadió que la fantasma le había excitado con empeño singular á que fuese á verse con la acusada; y habiéndole el capitán hecho presente que no tenía dinero, dióle el escudo con que el susodicho capitán pagó á la Falourdel. De donde resulta que el escudo es una moneda del infierno.

Esta observación concluyente hubo de disipar todas las dudas de Gringoire y demás escépticos que se hallaban presentes.

—Estos señores tienen los documentos,—añadió sentándose el abogado del rey,—y pueden consultar la declaración del capitán Febo de Chateuapers.

Al oir este nombre púsose en pie la acusada, alzando la cabeza por encima el gentío: Aterrado Gringoire reconoció á la Esmeralda.

La pobre gitana estaba pálida; sus cabellos, antes tan preciosamente trenzados y ornados de zequíes, caían en desorden; sus labios estaban azules, sus ojos hundidos asustaban. Infeliz!

—Febo!—dijo con delirio,—dónde está? Oh, señores! antes de matarme decidme por amor de Dios si vive todavía!

—Callad, mujer,—respondió el presidente;—eso no os importa á vos.

—Oh! por compasión! decidme si vive!—repuso cruzando sus hermosas manos enflaquecidas; y se oían resonar sus cadenas á lo largo de su falda.

—Pues bien!—repuso con sequedad el abogado del rey,—se está muriendo. Estáis contenta?

La desdichada volvió á caer en su asiento; sin voz, sin lágrimas, blanca como una estatua de cera.

Inclinóse el presidente á un hombre colocado á sus pies que tenía un gorro de oro y un ropón negro, una cadena al cuello y una vara en la mano.—Ujier, introducid á la segunda acusada.

Todas las miradas se volvieron hacia una puertecilla que se abrió y, con gran palpitación de Gringoire, dió paso á una linda cabrita con cuernos y patitas de oro. Paróse un momento en el dintel el animalito, alargando el pescuezo, como si encaramada en la punta de una roca hubiese tenido á la vista un inmenso horizonte. Vió de repente á la gitana, y brincando por encima de la mesa y de la cabeza del escribano, púsose en dos saltos sobre sus rodillas; luego se revolcó graciosamente á los pies de su ama, solicitando una palabra ó una caricia; pero la acusada permaneció inmóvil, y ni aun la pobre Djali pudo obtener una mirada.

—Calla!... este es aquel animalucho tan feo,—dijo la vieja Falourdel; y bien que las reconozco á las dos.

Tomó la palabra Jaime Charmolue:—Si les acomoda á estos señores, procederemos al interrogatorio de la cabra.

Esta era en efecto la segunda acusada, y no era cosa nada extraña á la sazón un proceso de brujería entablado contra un animal. Hállase entre otros en las cuentas del Prebostazgo de 1466, un curioso detalle de las costas del proceso de Guillet-Soulart y su gorrina, ajusticiado por sus deméritos en Corbeil. Nada falta en aquel documento, ni el coste de los fosos para meter á la gorrina, ni los quinientos haces de leña

menuda tomados en el puerto de Morsant, ni los tres azumbres de vino y el pan, último banquete dividido fraternalmente con el verdugo ni aun los once días de cuidado y manutención de la gorrina, á ocho dineros parisíes, cada uno. Y no siempre se contentaba con los animales la justicia de entonces; los capitulares de Carlo Magno y de Luis el Benigno imponen graves castigos á los fantasmas inflamados que tengan la osadía de presentarse en los aires.

El procurador del rey en el tribunal eclesiástico exclamó:—Si el demonio que posee á esta cabra, y que ha resistido á todos los exorcismos, persiste en sus maleficios y aterra con ellos al tribunal, le prevenimos que tendremos que reunir contra él al patíbulo y á la hoguera.

Un sudor frío heló el cuerpo de Gringoire. Cogió Charmolue sobre la mesa la pandereta de la gitana, y presentándosela de cierto modo á la cabra, le preguntó:—Qué hora es?

Miróle la cabra con ojos inteligentes, alzó su patita dorada y dió siete golpes; eran en efecto las siete. Un movimiento de terror circuló por la muchedumbre: Gringoire no pudo contenerse.

—Se pierde miserablemente!—exclamó en alta voz, —bien veis que no sabe lo que se hace.

—Silencio, villanos de ese rincón de la sala!—dijo con voz agria el ujier.

Jaime Charmolue, con ayuda de los mismos manejos de pandereta, hizo hacer á la cabra otras mil travesuras sobre la fecha del día, el mes del año, etc., etc., de que ya ha sido testigo el lector. Y por una ilusión de óptica natural en los debates judiciales, aquellos mismos espectadores que acaso más de una vez habían aplaudido en las calles las inocentes malicias de Djali, se sintieron despavoridos al verlas bajo las bóvedas

del palacio de Justicia. La cabrita era decididamente el diablo.

Y fué aun mucho peor cuando, habiendo vaciado sobre el suelo el procurador del rey un cierto saquito de cuero lleno de letras movedizas, que llevaba al cuello Djali, vieron á la cabra formar con su patita con aquel alfabeto el nombre fatal de *Febo*. Aparecieron entonces irresistiblemente demostrados los sortilegios de que había sido víctima el capitán; y á los ojos de todos, la gitana, aquella preciosa bailarina que tantas veces había hechizado al pueblo con sus primores, no fué ya más que un horrible vampiro.

Entre tanto, la infeliz no daba ninguna señal de vida; ni las graciosas evoluciones de Djali, ni las amenazas del tribunal, ni las sordas imprecaciones del auditorio, nada distraía su pensamiento.

Fué preciso para sacarla de su letargo que un alabardero la empujase sin compasión, y que en tono solemne alzase la voz el presidente:—Mujer, sois de raza gitana, dedicada á los maleficios; habéis, en complicidad con la cabra hechizada, implicada en el proceso, en la noche del 29 de marzo último, magullado y dado de puñaladas, de acuerdo con las potencias de las tinieblas y con ayuda de prácticas y sortilegios, á un capitán de los arqueros del rey, Febo de Chateaupers.—Insistís en la negativa?

—Qué horror!—exclamó la joven cubriéndose el rostro con ambas manos.—Febo mío! oh! este es el infierno!!

—Insistís en negar?—preguntó con frialdad el presidente.

—Sí, lo niego!—dijo la gitana con acento terrible, poniéndose en pie y echando llamas por los ojos.

El presidente continuó impertérrito:—Pues entonces cómo explicáis los hechos de que se os acrimina?

La infeliz respondió con voz doliente y cortada por

los sollozos:—Ya lo he dicho; no lo sé.—Ha sido un sacerdote, un sacerdote á quien no conozco; un sacerdote infernal que me persigue!...

—Eso es,—repuso el juez;—el monje en pena.

—Oh, señores! tened compasión de mí!! yo no soy más que una pobre mujer...

—De Egipto,—dijo el juez.

Maese Jaime Charmolue tomó la palabra con dulzura:—Atendida la dolorosa obstinación de la acusada, pido la aplicación del tormento.

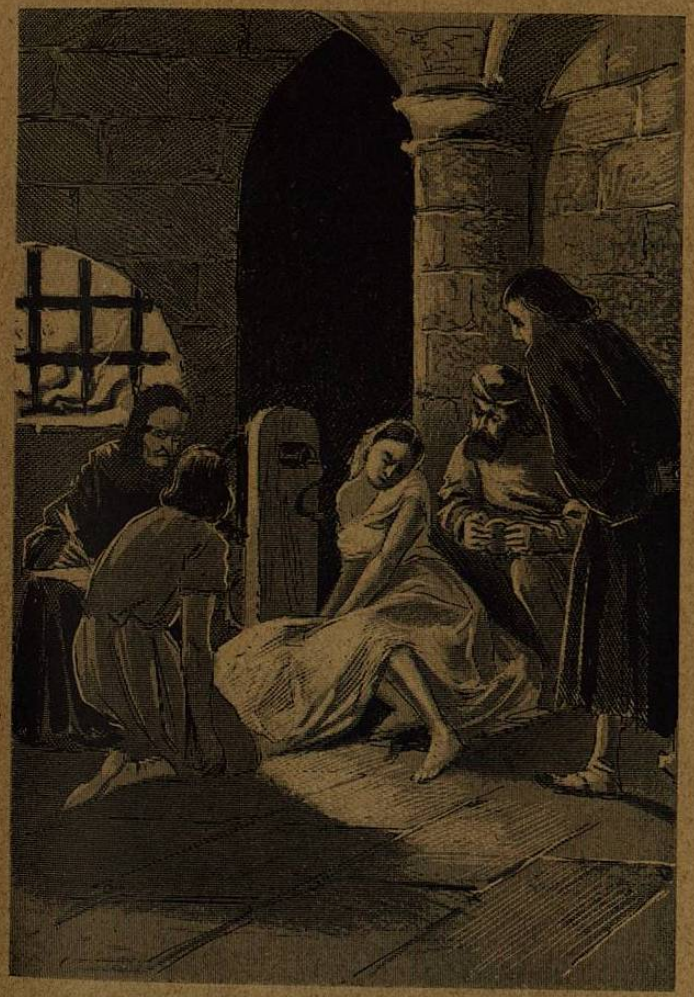
—Concedido,—dijo el presidente.

Estremecióse la desdichada de pies á cabeza; levantóse no obstante á intimación de los partesaneros, y echó á andar con paso bastante firme, precedida por Charmolue y los sacerdotes de la curia, entre dos filas de alabarderos, hacia una puerta secreta, que se abrió de pronto y volvió á cerrarse al punto detrás de ella, lo que hizo el mismo efecto al triste Gringoire que si acabaran de devorarla unas horribles fauces.

Apenas desapareció, oyóse un lastimero balido; era que la cabrita lloraba.

Suspendióse la audiencia, y como un consejero hiciese presente que aquellos señores estaban cansados, y que sería cosa larga esperar hasta el fin del tormento, respondió el presidente que un magistrado debe saber sacrificarse á su deber.

—Vaya una muñeca apestante y ridícula,—dijo un juez ya entrado en años,—que se hace dar tormento cuando no hemos cenado!!...



Aquellos feroces inquisidores
torturaban sin compasión á la inocente Esmeralda.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

II

Continuación del escudo convertido en hoja seca

Después de haber subido y bajado algunos escalones en corredores tan obscuros que había que iluminarlos con lámparas en mitad del día, la Esmeralda, rodeada siempre de su lúgubre comitiva, fué metida por los alabarderos en una estancia siniestra. Aquella estancia, de forma redonda, ocupaba el primer piso de una de aquellas macizas torres que atraviesan, aun en nuestro siglo, la capa de edificios modernos con que cubre el nuevo París al antiguo. Ninguna ventana había en aquel sótano, ni más abertura que la entrada, sumamente baja y cubierta con una enorme puerta de hierro. No faltaba sin embargo gran claridad en aquel sitio; en el grueso de la pared veíase un horno en que estaba encendida una abundante lumbre que llenaba la estancia con sus calientes reverberaciones, y despojaba de todo reflejo á una miserable vela que yacía encendida en un rincón. El rastrillo de hierro que servía para cerrar el horno, y que estaba levantado á la sazón, no dejaba ver en el orificio del respiradero que llameaba sobre la tenebrosa pared, más que la extremidad inferior de sus barras, como una hilera de dientes negros, agudos y separados, lo que daba alguna semejanza á aquella hornaza con una de aquellas bocas de dragones que brotan llamas en las leyendas. A favor de la luz que de ella salía, vió la prisionera en todo el circuito de la estancia mil espantosos instrumentos, cuyo uso no conocía. Veíase en medio un colchón de cuero casi en contacto con el suelo, sobre el cual pendía una correa con su ancha hebilla á la punta, atada

por la otra á una argolla de cobre que mordía un monstruo chato, esculpido en la clave de la bóveda; tenazas, pinzas, anchas rejas de arado, atestaban el interior del horno, y se encendían en confuso desorden entre las ascuas: el sangriento resplandor de la hornaza no iluminaba en toda la estancia más que un conjunto de cosas horribles.

Aquel tártaro se llamaba lisa y llanamente el cuarto del tormento.

Sentado con flojedad sobre el colchón, estaba maese Pierrat Torterue, el atormentador jurado: sus criados, dos gromos de cara cuadrada, mandil de cuero, y calzones de lienzo, daban vueltas á aquellos hierros sobre las brasas.

En vano la pobre niña había recurrido á todo su valor; al penetrar en aquella estancia, se horrorizó.

Formáronse á un lado los maceros del alcaide del Palacio y al otro los sacerdotes de la curia; un escribano, un tintero y una mesa estaban en un rincón. Acercóse á la gitana con su dulcísima sonrisa maese Jaime Charmolue:—Hija mía, dijo, con que insistís en la negativa?

—Sí,—respondió ella con voz moribunda.

—En ese caso,—repuso Charmolue,—será muy doloroso para nosotros el repetir nuestras preguntas con más instancia de lo que quisiéramos. Tened la bondad de sentaros sobre esa cama. Maese Pierrat, dejad sitio á esta señorita y cerrad la puerta.

Levantóse gruñendo Pierrat:—Si cierro la puerta, —murmuró,—se me apagará el fuego.

—Pues bien, amigo mío,—respondió Charmolue, —dejadla abierta.

La Esmeralda continuaba en pie; aquel lecho de cuero, en que habían agonizado tantos miserables, la llenaba de espanto. Helábala el terror hasta la médula de sus huesos; la infeliz estaba allí, atónita y estúpida. A una señal de Charmolue, agarráronla los dos criados y la hicieron sentarse en la cama: no la hicieron ningún daño; pero cuando la tocaron aquellos hombres, cuando la tocó aquel cuero, sintió que toda su sangre se agolpaba á su corazón. Echó una mirada frenética por toda la estancia, y parecióla ver moverse y andar de todas partes hacia ella, para serpearla por el cuerpo y morderla y pincharla, todos aquellos disformes instrumentos de tortura que eran entre los objetos de toda especie que había visto hasta entonces lo que los murciélagos y las arañas entre los insectos y las aves.

—Dónde está el médico?—preguntó Charmolue.

—Aquí,—respondió un bulto cubierto de negro á quien aun no había visto la gitana.

La infeliz se estremeció profundamente.

—Señorita,—repuso la halagüeña voz del procurador en el tribunal eclesiástico,—por tercera vez insistís en negar los hechos de que se os acusa?

Entonces, no pudo hacer más que una señal con la cabeza: la voz la faltó.

—Insistís!—dijo Jaime Charmolue.—Entonces, me aflije sobremanera, pero tendré que cumplir con los deberes de mi oficio.

—Señor procurador del rey,—dijo Pierrat en tono brusco,—por dónde empezaremos?

Dudó un momento Charmolue con el ambiguo ademán de un poeta que busca su consonante:—Por el borceguí,—dijo en fin.

Sintióse la infeliz tan profundamente abandonada de Dios y de los hombres que dejó caer la cabeza sobre su pecho como una cosa inerte que no tiene fuerza alguna.

Acercáronse á ella juntamente el atormentador y el médico; y al mismo tiempo los dos criados, pusiéronse á registrar su horrible arsenal. Al oir el retintín de

aquellos espantosos hierros, tembló la pobre niña como una rama muerta en una operación galvánica.—Oh! murmuró en voz tan baja que nadie la oyó. Oh! Febo mío!—Y luego volvió á caer en su profunda inmovilidad y en su silencio mármol; aquel espectáculo hubiera desgarrado cualquier corazón que no fuera el de un juez: parecía la Esmeralda una pobre alma pecadora interrogada por Satanás en la puerta escarlata del infierno. El miserable cuerpo á que iba á agarrarse aquel horrible hormiguero de sierras, ruedas y caballetes, el sér que iban á asir aquellas ásperas manos de verdugos y de tenazas, era sin embargo una dulce, blanca y frágil criatura, pobre grano de trigo que la justicia humana hacía pulverizar en los espantosos molinos del tormento.

En tanto las callosas manos de los criados de Pierrat Torterue desnudaron brutalmente aquella hermosa pierna, aquel pie menudo que tantas veces había hechizado á los transeuntes con su gracia y lindeza en las plazas de París.—Es lástima! refunfuñó el atormentador considerando aquellas formas tan graciosas y delicadas. Si el arcediano hubiera estado presente, cierto que se hubiera acordado en aquel momento de su símbolo de la araña y de la mosca. Prontó vió la desgraciada, al trasluz de la espesa nube que cubrió sus ojos, acercarse el *borceguí*; pronto vió amoldado su pie entre las ferradas tablas desaparecer bajo el espantoso instrumento. Entonces el terror la volvió sus fuerzas:—Que me quiten esto! exclamó arrebatada; y poniéndose en pie con la melena tendida:—Perdón!!

Precipitóse fuera del lecho para arrojarse á los pies del procurador del rey; pero su pierna estaba cogida en el macizo muelle de encina y de hierro, y cayó sobre el borceguí más quebrantada que una abeja con una pesa de plomo en una ala.

A una señal de Charmolue, volvieron á sentarla en

el lecho, y dos manos bestiales ataron á su frágil cintura la correa que pendía de la bóveda.

—Por última vez, confesáis los hechos del proceso? —preguntó Charmolue con su imperturbable benignidad.

—Soy inocente.

—Entonces, señorita, cómo explicáis los cargos que se os imputan?

—Y yo, qué sé?

—Con que negáis?

—Todo!

—Adelante!—dijo Charmolue á Pierrat.

Dió vuelta Pierrat al puño del carniquí, cerróse el borceguí, y la infeliz lanzó uno de aquellos horribles gritos que no tienen ortografía ninguna lengua humana.

—Teneos,—dijo Charmolue á Pierrat.—confesáis? dijo á la gitana.

—Todo!—exclamó la miserable,—todo lo confieso, todo! Perdón!

La desdichada no había calculado sus fuerzas, arrostrando el tormento. Pobre criatura! Su vida había sido hasta entonces tan alegre, tan suave, tan dulce, que sucumbió al primer dolor.

—La humanidad me obliga á deciros,—observó el procurador del rey,—que esa declaración os acarreará la pena de muerte.

—Así lo espero,—dijo la infeliz, y volvió á caer sobre el lecho de cuero, moribunda, doblegada, dejándose coger por la correa prendida á su cintura.

—Eh, buena moza, sosteneos un poco,—dijo Pierrat levantándola;—vaya que os parecéis al borrego de oro que lleva al cuello el señor de Borgoña.

Jaime Charmolue tomó la palabra:—Escribano, extended la declaración que preste.—Joven gitana, confesáis vuestra participación en las agapas, *sábados* y

maleficios del infierno, con las larvas, duendes y vampiros? Responded.

—Sí,—dijo en voz tan baja, que sus palabras se confundieron con su aliento.

—Confesáis haber visto el morueco que Belcebú hace aparecer entre las nubes para congregar el *sábado*, lo que sólo pueden ver los hechiceros?

—Sí.

—Confesáis haber adorado las cabezas de Bofomet, los abominables dolos de los templarios?

—Sí.

—Haber tenido comercio habitual con el diablo bajo la forma de una cabra familiar, aneja al proceso?

—Sí.

—En fin, declaráis y confesáis haber, con ayuda del demonio y del fantasma vulgarmente llamado el Monje en pena, en la noche del 29 de marzo último, herido y asesinado á un capitán llamado Febo de Chateaupers?

Alzó la gitana sobre el magistrado sus grandes ojos mates, y respondió como maquinalmente, sin convulsión ni violencia:—Sí.

Es evidente que estaba quebrantada el alma de la infeliz.

—Escribid, notario,—dijo Charmolue, y dirigiéndose á los atormentadores:—Que suelten á la prisionera, y se la lleven á la audiencia. Luego que *descalzaron* á la prisionera, examinó su pie hinchado aun por el dolor, el procurador del rey en el tribunal eclesiástico:—Vamos, dijo; no ha sufrido mucho; gritasteis á tiempo. Todavía podríais bailar, hija mía!—Y luego, volviéndose á sus acólitos de la curia:—Ya aclaró en fin sus dudas la justicia! siempre es un consuelo, señores! esta señorita será testigo de que la hemos tratado con la mayor dulzura posible.

III

Fin del escudo convertido en hoja seca

Cuando ella entró, pálida y cojeando, en la sala de audiencia, acogió su llegada un murmullo de satisfacción general, que era de parte del auditorio, aquel sentimiento de impaciencia satisfecha que sentimos en el teatro cuando, acabado el último entreacto, se levanta el telón, y va á empezar el fin; y de parte de los jueces, esperanza de cenar en breve. La cabrita también baló de alegría; quiso correr hacia su ama; pero la habían atado al banco.

Era ya enteramente de noche; las velas, cuyo número no había aumentado, daban tan poca luz, que no se veían las paredes de la sala, en que las tinieblas envolvían todos los objetos en una especie de bruma. Apenas se destacaban de entre la sombra algunas apáticas fisonomías de los jueces. En frente de ellos, en la extremidad de la larga sala, podían ver resaltar sobre el fondo obscuro un punto de vaga blancura, que era la acusada.

Llegó la desdichada arrastrando hacia su asiento, y luego que Charmolue se hubo instalado magistralmente en el suyo, sentóse, volvióse á levantar, y dijo sin mostrar excesiva vanidad por su victoria:—La acusada lo ha confesado todo.

—Gitana,—repuso el presidente,—habéis confesado todos vuestros cargos de magia, de prostitución y de asesinato sobre la persona de Febo de Chateaupers?

Oprimiósela el corazón; todos la oyeron sollozar en la sombra.—Todo lo que queráis, respondió con voz desfallecida; pero matadme pronto!

—Señor procurador del rey en el tribunal eclesiás-